

BARTRA, ROGER. La jaula *de* la *melancolía*. México, Editorial Grijalbo, 1987. 271 p.

Por alguna pulsión reptílica en cuyo carácter no profundizaré ahora, me es preciso comenzar hablando de los espejos que ha explorado Ende. Esta tarde releí el relato de Hor, que evocó en mi mente una caminata ya añeja de una década: esa tarde, Bartra y yo contemplamos las plantas rotuladas del jardín que encierra al acuario de Cortázar; de ahí nos fuimos a la tumba de Porfirio Díaz, para acabar escogiendo botellas y quesos a sólo unas cuadras de donde enseñó Abelardo.

En ese paseo hablamos primero de los axolotes; Roger se refirió a Alfonso Reyes, y discutimos de la trascendencia semántica y animica de las ortografías que recorren venas y arterias cerebrales de todo nacido mexicano. Luego analizamos problemas y placeres del oficio y lucros de los funerarios; finalmente, ya ante la mesa, hicimos meticulosa comparación de los camambertes del Bajío y la Normandía, las baguettes de ambos lados del océano, y los jugos de la uva producidos a lo largo de la franja del vino. Ni uno ni otro deseaba escapar ese día a ninguna pauta conductual.

Era la época en que Bartra discernía tramas y urdimbres de redes imaginarias y, por lo que ahora se ve —aunque todavía ni él mismo lo supiera— comenzaba también a fabricar pajareras para anfibios reticentes.

Dice Hor: "Mi nombre es Hor. Mejor sería decir: me llamo Hor. ¿Pues quién, aparte de mí, me llama por mi nombre?.. El paso del tiempo no significa nada para él. No tiene posibilidad de medirlo, excepto con el latido de su corazón. Pero éste es muy desigual. Hor no conoce los días ni las noches, siempre le rodea la misma penumbra".

Lo que, en cierta forma, significa: quien ose poner espejo en el espejo, descubrirá irremediamente que, siendo la nación la comarca más pisoteada y hermética de nuestro cerebro ritualizador y jerarquizante, concebirla exige toda la opacidad que oculta los motivos profundos para aceptar pacientemente dominación, desigualdad e injusticia. En nuestro país casi todos llevan su patriotismo con la frente muy X.

La violencia abrillanta y transparenta turbiedades. Novelistas inconfesos, los llamados científicos sociales a veces son capaces de violentar la realidad con la escritura para penetrar en sus arcanos.

Esta violencia puede preocupar a algunos cuando el autor la ejerce sobre una cultura política y un sistema de ideologías entronizados como únicos. Es previsible que en este caso pronto se le retrate como un vándalo que a **librazos** quiere destruir cuanto **halla** a su paso en los lugares comunes que visita. Cuantimás si se trata de altares del mexicanismo levantados con empeño talmudista por los más apreciados oficiantes de la identidad.

Esta obra nueva sobre mitos viejos será atacada por algunos, mientras otros pretenderán que no ha sido escrita. Con todo, ya comienza a estimular concepciones de futuro con que se aminoran, poco a poco, los peligros del comportamiento burocrático que entraña el cerebro humano más profundo.

Los campesinos, sobrevivientes de épocas sin retorno, parecen cumplir la obligación social de evocar tristezas íntimas y suavemente velardianas. La cultura que Bartra propone llamar **desmother-na**, los ha hecho habitantes de un paraíso perdido antes de que nadie lo poseyera, fuente invocada de la patria y la nación.

Los primeros se presentan como si fueran inmutables; y quienes supuestamente **fuimos** expulsados del segundo, aparecemos como resultado evolutivo de un proceso de retención permanente de las características juveniles de nuestros ancestros: se nos ha convencido de que somos seres neoténicos y progenéticos. Para la mítica oficial de la identidad indivisible, hemos de compartir con nuestros excepcionales paisanos, los axolotes, no sólo el monograma intervocálico de la doble articulación ocluyente, sino también la capacidad de reproducirnos y permanecer en estado larvario; eso nos permitiría, a ellos y a nosotros, eludir transformaciones.

Campeños sin milpas y en la urbe, la mexicanidad nos ha hecho personajes **dramáticos**, víctimas de la historia, ahogados en tierra tras el naufragio de la revolución nacionalista, circundados por zopilotes con revueltas alas de cucarachas gigantes.

Portadores del carácter mexicano y de la cultura nacional, hemos tenido que volvernos, además de neoténicos, **melancólicos**: lentos, sombríamente estupefactos, tristes, amargos y lánguidos, atemorizados y con intensos deseos de soledad. Bajo el torbellino de nuestra modernidad yace un **edén** inundado con el que sólo podemos tener contacto por la vía de la nostalgia profunda. **Añorando** lo que nunca poseyeron, hay quienes se abaten ante la pena

de una ficticia unicidad de bondades expoliada en intemporal noche de los tiempos; éstos han comulgado para purgar las culpas con que estructuran su propia sumisión.

Seamos neoténicos y melancólicos en cuyo interior llevamos a un Otro bárbaro, a un homúnculo roto que finalmente perdió los octasílabos de su vecindad, a un patriarca que mancilla por principio a nuestra madre natural; de otra manera, río nos ostentarnos mexicanos.

Arrancados de nuestra matriz paradisiaca y también de la terrena, vagamos a la búsqueda de una nueva edad de oro. En ese viaje, la mayoría se pierde, confusa, en el meandro de un frenesí avinagrado. Los elegidos, por su parte, alcanzan orgasmos de todas las nostalgias; en tales éxtasis obtienen los títulos, los instrumentos y las facultades de quienes conducen peregrinos hacia la patria de las promisiones. Para que esto pueda suceder, fue preciso que los primeros guías infatigables establecieran que, al igual que los axolotes, hicimos una revolución que nos ha permitido desde siempre reproducir nuestro primitivismo larvario.

Jean-Leopold-Nicolas-Frédéric-Georges, barón de Cuvier, examinó con un rigor cartesiano que ya anunciaba la arrasadora irrupción del objetivismo abstracto, los primeros urodolos xochimilcas que cruzaron el Atlántico. Con celo semejante, inspirado sucesivamente en Spencer, en Bergson, en Bally y Sechenhayne y en Lévi-Strauss, un pequeño pelotón diacrónico de idiólogos de lo mexicano y de la mexicanidad ha logrado definir e implantar en conciencias, libros de texto, arte subvencionado, televisión de ambos monopolios y jergas políticas de cualquier color, esa metáfora de la soledad que resulta aterradora por convincente y simple.

En 1789, se clasificó a los axolotes como *anfíbios urodolos salamandroides amystomideos ambistomas*, integrantes de la especie *Axolotl mexicanum*, Shaw. Con la morosidad propia de los melancólicos, una cierta literatura y una determinada ensayística dan forma cada vez mejor acabada, por lo menos desde 1908 y ya con pleno éxito desde el sexenio alemán, a la especie político-cultural *Homo mexicanus acuitado*, Pri.

No somos pocos los nacidos aquí a partir del final del cardenismo, a quienes las metáforas meándricas nunca han convencido y si, en cambio, producido un rechazo cada vez mayor. Esta *Jaula*

de la melancolía, que comento y parafraseo, representa un paso creativo inicial de ese rechazo. En cierta forma, clausura esos lugares comunes de que hemos hablado, y estimula otras reflexiones que quieran encaminarse a mostrar la salida de un dédalo inexistente, y por lo mismo a romper los candados de una celda que también es ilusoria.

Estamos acostumbrados a vernos como hijos sin padre, de una madre india a la vez virginal, vejada y pecaminosa, único camino del retorno imaginario a la mítica unidad originaria: nuevo y cíclicamente definitivo simulacro en que se reconstruyen y se reproducen identidades y arquetipos. Pero al final violentador de sus propios elementos, cuya invocación imprudente puede destruir por entero el modelo ideológico en que se sustentan los mitos de nuestra identidad.

Progenitora ezquizoide, inmaculada protectora de los desamparados. violada. sensual, prostituida y fértil. Guadalupe y Malinche, inseparables, indiscernibles, encarnaciones simultáneas del mismo mito de la madre ancestral. Hijos de la chingada, de la hollada: de la rajada: así, según está establecido, es preciso que se reconozcan quienes aceptan que nuestra realidad es un meandro de abandonos; pero también de la deidad del Tepeyac que evoca bienestar en los afectos. Nuestra Eva fundacional, para ser sinceros y rigurosos, tendría que ser reconocida por su nombre verdadero, el que signos esotéricos y ensayos literarios pretenden ocultarnos: todos somos hijos, confesémosnoslo a nosotros mismos como lo hace Bartra. de la más venerada *Chingadalupe*.

A estas alturas, en las que nace a ojos vistas una contraensayística frente a las ideologías y los mitos de Estado, antes de concluir, mis propios reptiles me obligan a regresar por Ende, quien hablando de otros símbolos y de otros guías espirituales no menos inquietantes, relata:

“El hijo se había soñado alas bajo la experta dirección de su padre y maestro. Durante muchos años las había creado, pluma por pluma, músculo por músculo y huesesillo por huesesillo en

largas horas de trabajo, de sueño, hasta que tomaron forma. Las había dejado crecer de sus omóplatos en la posición correcta (era especialmente difícil percibir con toda exactitud la propia espalda en sueños), y había aprendido poco a poco a moverlas en forma adecuada..., hasta que... fue... capaz de elevarse al aire por unos instantes. Pero luego cobró confianza en su obra. gracias a la benevolencia y severidad inquebrantables con que le guiaba su padre. Con el tiempo se había acostumbrado tan por completo a sus alas, que las sentía como parte de su cuerpo. Al final había tenido que borrar de su memoria los años en que había estado sin ellas;... era como si hubiese nacido con alas, como con ojos o manos. Estaba preparado... [Finalmente] comprendió que su misión había sido ser desobediente... Sintió cómo sus alas creadas en sueños se marchitaban y caían como hojas otoñales y supo que nunca volvería a volar... a ser otra vez feliz, y que... permanecería en el laberinto. Pues ahora formaba parte de él”.

VI.

Debo confesar que, en un momento de optimismo durante la lectura de la *Jaula* me imaginé agregando a este texto:

“Al acercarse sin remedio el fin del segundo milenio, nació una **generación** nueva que rehusó hacerse crecer las alas estipuladas por sus ancestros. La difícil determinación, una vez que fue tomada, estimuló la comprensión de su origen: nos rodean rejas de nostalgia, fabricadas con los duelos que experimentamos por la pérdida de mercancías que jamás hemos poseído y que, sin embargo, de antiguo son intercambiadas entre magnates, generales y **exégetas**.

Las fantasías de desobediencia se convirtieron entonces en proyectos de creación, en actos de poesía: los nombres de cada cosa fueron perdiendo opacidad, y así se inició el abandono y la desaparición de la **neotenia** y los acuarios, de los laberintos y las patrias. de las madres virginales, los ultrajes paternos, los espejos en espejos.

Fueron precisas otras dos generaciones para abarcar los afanes de ésta, dar cuenta de ellos. recrearlos como algo propio.

Daniel Cazés